

# Capicúas

## Capítulo 12. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

Jordi tenía 62 años y siempre, hasta hace unos meses, había podido compaginar una digna dedicación profesional a la arquitectura con la docencia. La arquitectura le había proporcionado grandes satisfacciones y también grandes decepciones. Y las clases eran una actividad estable y sencilla con la que se había podido asegurar una nómina decente.

Otros compañeros de promoción, más afortunados, prosperaron más que él como arquitectos o consiguieron plaza en la facultad. Pero él tuvo que conformarse con impartir asignaturas afines a su especialidad en centros de educación secundaria. El año que viene cumpliría sus 35 años como profesor de instituto.

Jordi tiene, por lo tanto, experiencia suficiente sobre lo mucho que ha cambiado la educación en todos estos años para los alumnos y, así lo piensa, lo poco que ha cambiado para él. Para él, los alumnos siempre tienen la misma edad, pero él cada curso es un año más viejo. Lo que para sus alumnos y alumnas siempre es una novedad, para él son acumulaciones de miles de horas explicando lo mismo, un año tras otro. El mundo de Jordi pertenece, cada día que pasa, más al pasado. El rabioso, indomable

presente de sus alumnos se le vuelve incomprendible, inabordable, remoto. Si hubo modestas ilusiones iniciales, se han ido transformando en monotonía y la monotonía en sinsentido. El curso pasado, este naufragio provocó en Jordi un sentimiento de agrio rencor contra todo, un ensañamiento contra la escuela, contra los compañeros, contra los alumnos.

También contra sí mismo. Un sutil embrutecimiento, fruto de esta soledad, de este aislamiento endogámico, de la incomprendión, de la distancia, de esa brecha abierta en el entorno en el que Jordi ha pasado tantos años, lo volvió insensible, le endureció la piel, los sentidos, los sentimientos.

Veía la realidad a través de una pared de hielo, las voces en sordina, los objetos, los ámbitos, los individuos indiferenciados. Los alumnos, los compañeros, sus propios hijos, los amigos eran brumosas repeticiones entrando y saliendo de días y noches idénticos. Los rostros se tornaron intercambiables o desaparecieron, las palabras y los gestos repetidos extraviaron su significado.

Todo ello perseveró, y ocupó y dominó la mente de Jordi, que se despreciaba por haber

sucumbido, acabó por pensar, al orden natural de las cosas. Y cuando la situación se le hizo insostenible y decidió pedir ayuda, le prescribieron una baja por depresión que lo mantuvo alejado de las clases durante cuatro meses.

Volvió al instituto después de las vacaciones de verano.

Aquella tórrida mañana de principios de septiembre, a Jordi le faltaban todavía tres años para jubilarse y era un trámite que deseaba que transcurriese rápido y sin sobresaltos. Por eso, cuando llegó Juan a su nuevo instituto, ya hacía una hora que en un sombrío despacho Jordi se entretenía revisando las carpetas que había preparado el día anterior.

Aquel septiembre el calor todavía lo aplastaba a uno como en plena canícula y el único alivio era la penumbra; apagar las luces, bajar las persianas, reducir la velocidad, realizar los movimientos mínimos imprescindibles.

Juan entró acalorado en el despacho, cargado con un gran bolso bandolera de lona reciclada, una carpeta de dibujo DIN-A1 y dos bolsas de plástico de la cooperativa universitaria. Se encontró con una mesa vacía, cuatro sillas, un armario y con Jordi, que levantándose le tendía la mano. Seguramente no sería todo tan gris como ahora lo recuerda.

Después de presentarse brevemente con un manifiesto desinterés, Jordi le explicó los cursos, los horarios y las asignaturas. Le dio cinco carpetas de color marrón con veinte fotocopias dentro de cada carpeta.

--Esto es plástica de tercero y cuarto. Las tres variables de segundo y tercero son diédrico, iconografía e historia del arte. Los ejercicios puedes cambiarlos. Las variables también, pero si las quieres cambiar me lo dices antes del jueves. ¿OK?

--¿Y los bachilleratos? --le preguntó Juan con la boca pequeña.

--Yo hago todos los bachilleratos y las variables de cuarto.

Juan asimilaba y procesaba los datos. Eran dos profesores en el departamento. Uno era el jefe del departamento. Y el otro no.

Dos días antes, en su última visita al instituto donde había trabajado el curso anterior, Juan le había dejado a Cora todo el material y las programaciones que habían elaborado, y se había despedido. Con un sentimiento agrio dulce de liberación y desamparo había bajado las escaleras y atravesado por última vez el vestíbulo de aquel edificio.

Cora era su compañera. Habían discutido horas y horas durante todo el curso sobre la importancia de cada tema, sobre la manera de trabajarlos en clase, sobre los ejemplos, sobre el reparto del tiempo, sobre las definiciones, sobre la dificultad de algunos palabras, sobre el uso y abuso de los ejercicios, sobre la motivación. Todo se revisaba, todo se actualizaba. De todo se buscaba un mejor ejemplo, una explicación más precisa... Los meses iban pasando, y el jefe de estudios, cada día con la mirada más siniestra, las conversaciones más telegráficas y las preguntas más explícitas.

Pero su departamento no claudicaba. Estaban elaborando sus propios materiales. Era necesario, ya que todo el sistema se estaba transformando con nuevas ideas que, por supuesto, necesitaban nuevos enfoques didácticos, nuevas metodologías. Siempre con un espíritu renovador y alerta, de la mañana a la noche. El peligro de ceder, de bajar el nivel, de contemporizar estaba siempre presente. Las viejas ideas de siempre, las concepciones caducas y recalcitrantes, la comodidad, la pasividad, el cansancio, la incomprendición y el desaliento podían saltarles a la yugular al más mínimo descuido y dejarlos fuera de combate, fuera del sublime y apasionante combate de la reforma educativa. «Hasta hoy la escuela ha “explotado” el conocimiento. Pero se trata de “explorar” el conocimiento», jaleaba Cora cuatrocientas veces al día.

Ahora tendría que entenderse con Jordi, cuyas clases se estaban transformando en una ejecución. Ésta es la palabra que se le ocurrió a Juan cuando el segundo día de curso pudo observar cómo Jordi explicaba la perspectiva. Armado de tiza, escuadra y cartabón, consiguió en una hora convencer a sus alumnos de la enorme distancia técnica que los separaba de él y de la envergadura de las dificultades que los harían suspender esa asignatura. Así que, desde los primeros días, las clase en su nuevo centro fueron complejas para Juan, o mejor dicho, atroces.

Los muchachos llegaban bien mentalizados a clase. Material, libro, horario. Estaban dispuestos a hacer su trabajo sin hacer preguntas, a condición de que el profe (él) no diera explicaciones. Cada uno conoce su papel y sabe a lo que ha venido. No esperamos nada de esta hora de clase, así que nadie espere

sacar nada de nosotros tampoco. Todo esto Juan lo leía en sus miradas ausentes, sus gestos y expresiones ausentes, sus cerebros ausentes.

En tal situación, el material que su jefe de departamento le había facilitado era, sencillamente, perfecto. Así que cambió de material.

En realidad, lo cambió todo, y sus alumnos padecieron por esa transformación radical. Pasaron de no recibir ninguna explicación a no entender nada de lo que les explicaba su nuevo profesor. No es que no entendieran nada, ni que Juan explicara fatal, es que ese nuevo tipo de docente no estaba previsto.

Primero tuvieron que habituarse a tal excentricidad, al sofisticado protocolo de escuchar un breve comentario sobre la tarea en la que iban a estar ocupados los siguientes 40 minutos de clase.

Más tarde, se dieron cuenta (sobre todo las primeras filas), cuando la mirada de Juan los interpelaba al final de cada frase, de que se esperaba algo de ellos. Como una vez explicó, ante sus caras redondas de perplejidad, tenían que sacar su red y atrapar todas las mariposas que él les había lanzado. Después tenían que ordenarlas por colores, por tamaños, por familias, para ir enriqueciendo la colección. Se esperaba que prestaran atención.

--¡Ah, vale!

Pero lo mejor fue cuando descubrieron que la explicación afectaba al ejercicio, que los más listillos ya tenían casi terminado. «Abandonaban el viejo mundo de la

geometría euclíadiana, para penetrar en el insondable y peligroso universo de la creatividad». Ésta fue la explicación más manejable (y memorable) que le devolvieron del curso, cuando en junio les pidió una reflexión escrita sobre la asignatura. Le pagaron con su propia moneda.

Así que no fue coser y cantar, aunque literalmente casi llegaron a eso.

En aquel curso había de todo, y Juan recurría a lo humano y a lo divino para mantener un mínimo ambiente de trabajo y concentración. Una vez, antes de entrar en el aula, escribió en un papelito: «Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor. San Juan de la Cruz». Lo dobló y lo llevó en el bolsillo de la camisa durante toda la clase. Con su arma secreta cerca del corazón, estuvo más relajado, más paciente. Dejó sentarse al grandullón con su novia y ambos estuvieron muy entretenidos los 55 minutos de clase, ella dibujando.

Pero, en otra ocasión, mirando un vídeo sobre la experiencia mística del absoluto en lo efímero de los mandala de arena de los monjes tibetanos, acabó con más alumnos fuera que dentro de la clase. El silencio total en aquella ocasión, debido al tema que estaban trabajando, era imprescindible según él, pero para muchos de ellos era absolutamente imposible por la misma razón.

Ese tira y afloja duró todo el curso. Pero tuvo sus efectos.

A Jordi, primero le servía de distracción y después le hacía gracia la imaginación que ponía Juan para inventarse situaciones cada vez más complicadas. Esa lucha desigual entre la más «maría» entre todas las «marías» y la

dictadura del sentido común de aquel instituto de barriada lo fueron reconciliando con las ideas y los anhelos que también él tuvo, o quiso tener, o necesitó tener, a la edad de Juan. Y, finalmente, llegó a la conclusión de que no había sido todo inútil, que todavía no estaba todo perdido. Incluso le pidió copia de aquellos nuevos materiales, cuando Juan se marchó del instituto. Quizás le ayudarían a llegar a la jubilación con un mínimo de dignidad académica.

Juan, cuando acabaron el curso y las clases, las correcciones, las notas, las reclamaciones, las evaluaciones, las reuniones, los claustros, todo el papeleo, las entrevistas con las madres sulfuradas, los hijos indignados, los compañeros perplejos y el señor director Don Losientoesonodependedemi, y recibió la notificación de su próximo destino a 300 kilómetros de su casa, decidió poner el punto final a su experiencia docente. Había un problema de velocidades. O de juventud. O de estrategia. O de paciencia. Y no quiso dedicar el resto de su vida a averiguarlo.

Los muchachos, como los llamaba, estadísticamente se quedaron igual. Pero con matices. Para muestra un botón:

#### *Martes 30 de junio*

*Hola, diario. Mi madre estaba de acuerdo en un 5, pues yo no en que me suspenda con un cuatro y medio. Tenía dos exámenes, de mates y de lengua; el de lengua liadísimo, con esa mujer que no sabes nunca cómo reaccionará. Al principio cae simpática, pero es rara como ella sola, con sus manías de pasar lista y la puntualidad. ¡Con Daniel lo tiene claro! Te puedo poner un cinco, dijo. Si tío, yo quería un notable. Nunca he bajado de notable, de los siete de la clase que lo*

*aprobamos todo soy el único que saca excelentes; pues entonces, que me suspenda... Mi madre me miró con una cara.*

*Sí, ahora mismo me pongo a dibujar un sueño con cinco colores toda la tarde, porque en clase no se puede manchar nada de nada. O sea, que no pone exámenes, pero si el margen está torcido, pues entonces no sabes dibujar un cuadrado. ¡Oh, qué cosa! Yo le dibujo perfecto la lámina que quiera y ni se lo mira y Dani, que lo cuela todo, un notable porque se valoraba la creatividad. O sea, que quiere chorraditas tipo Picasso, ¿no?*

*Además ¿yo no le hice el trabajo? Va y me baja la nota porque en su clase estaba repasando mates para el examen y le pedimos que nos dejara, pero como los de siempre no paraban, dijo que entonces a dibujar. ¿Y yo qué culpa tengo?*

*Hoy estoy de llorar. Es una mierda todo. Laura sólo se ríe con el imbécil de Dani, que está siempre en la sala de profes expulsado. El año pasado me pedía que le explicara todo y ahora se sienta detrás a incordiar.*

*A veces me acuerdo de mi abuela cuando íbamos al parque. Pobre, ahora no se entera de nada, ni de cómo me llamo. Me hacía los mejores bocatas, pero como está así, mi madre, que está siempre superestresada, me da dos euros para que me lo compre en el cole, con el poco dinero que tenemos desde que mi padre no trabaja por la puta mierda de la crisis. Qué sueño.*